

## **DEFENSA APASIONADA DE LAS SELVAS**

**Por: MARCELINO MUÑOZ**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Números 69-70, Volumen XIX  
Primer Trimestre de 1961*

**N**os llegan, a través de los rápidos medios de comunicación que repiten como un eco las columnas de los diarios, informaciones cada vez más frecuentes acerca de las modificaciones que se operan en el clima terrestre. Como una amenaza innegable, vemos aumentar día a día las superficies esteparias y las extensiones desérticas africanas, y a este crecimiento de las tierras estériles, es posible que nosotros, sin saberlo, estemos activamente coadyuvando. Que la desecación influye determinante mente en estos fenómenos está fuera de toda duda, y de estas sequías prolongadas podrían agruparse las causas que las producen bajo el siguiente denominador común: el equilibrio de las energías estáticas y dinámicas pertinentes, ha sido destruido.

El hombre utilitario, poseído de un natural afán de lucro inmediato, procede sin tener en cuenta las leyes inmutables que rigen la producción desde los distintos aspectos del aludido equilibrio energético de la naturaleza, e inconscientemente, es el causante principal de casi todos estos fenómenos. A. H. Wallace ( 1938), en su carácter de Ministro de Agricultura de los Estados Unidos de Norteamérica, escribe en el prólogo al *Year"- book. ofAgriculture* bajo el sugestivo título "Soils and Men", un artículo en el que dice que la destrucción del equilibrio entre suelo y clima y las medidas conducentes a encontrarle remedio a esta seria amenaza, representan el problema más grave del siglo XX.

El trato benigno que la naturaleza prodiga a la tierra, contrasta bruscamente con el que el hombre le da. Se hará sin consideración una vez tras otra, los campos sometidos al pastoreo no descansan sino cuando la cansada tierra no da más de sí, los bosques son talados sin consideración y el plan de sistemática destrucción a que aludimos no tiene aspecto de ir a concluir pronto. El campo envía su fertilidad convertida en montañas de alimentos a las grandes ciudades, y la ciudad consume una parte y lanza el residuo a los ríos y los océanos. Cuando una tierra se agota, se la abandona y se migra a otra

más fértil, el capital suelo no tiene la más mínima importancia. El hombre no es consciente de que la tierra no es una propiedad en la que él es el único beneficiario, detrás vendrán otros que precisan también de ella para subsistir.

Este problema está siendo agudamente estudiado por la mayoría de los investigadores agrónomos, ya que no es un temor nacido al calor del pesimismo derrotista.

El desecamiento del Continente africano ha sido profusamente estudiado por Obst, que plantea el problema desde el punto de vista puramente climatológico, relacionando claramente el empeoramiento del clima con los efectos del abuso del suelo. En sus postulados tendientes a una modificación de las condiciones climáticas, Obst brega ante todo por la aplicación de un sistema eficaz de defensa contra la erosión, señalando las ventajas de adoptar procedimientos destinados a aumentar con todos los medios posibles el efecto útil de las aguas pluviales.

El paralelismo entre las causas y los efectos ha sido constatado también en superficies mucho más reducidas que el Continente africano. Becker Dillingen (1939) en una interesantísima obra sobre la nutrición de la selva, señala que la devastación forestal ha tenido funestos efectos sobre algunas zonas de determinados países europeos. Cita un ejemplo impresionante. En la Baja Sajonia existía una comarca denominada Lüneburgo, poseedora de una exuberante vegetación que crecía entre los bosques de añosos robles que la circundaban. Su enorme población ganadera pastaba cachazudamente, prestando al paisaje una idílica belleza. Un aumento imprevisto del precio de la leña impulsó a los propietarios de los bosques a ordenar una tala en masa. En nuestros días, esta región es conocida con el nombre de "Salinas de Lüneburgo", y donde antes veíamos cientos y cientos de cabezas de ganado, ahora solamente triscan unas pocas ovejas en unos terrenos empobrecidos y semiáridos. La obra que le costó a la naturaleza miles de años y que había conducido a la formación de tipos y asociaciones (sinecias) de vegetación adaptadas a las distintas zonas, no admite impunemente una destrucción del equilibrio establecido por la explotación esquilmanante unilateral.

Los vientos helados que algunos inviernos nos hacen sentir, no son en realidad tan fríos como aparentan, y la sensación cortante que producen es debida a la intensa evaporación que provocan. Si nos refugiamos debajo de unos árboles, la evaporación que son capaces de provocar disminuye, y entonces nos dan la sensación de ser menos fríos. Las selvas actúan como regularizadores de la temperatura, tanto en invierno como en verano, impiden la vehemencia de las corrientes aéreas, retienen las pequeñas partículas de polvo y enriquecen la atmósfera en oxígeno y ozono. Las oscilaciones térmicas son mucho más grandes en las tierras desprovistas de árboles y vegetación,

sobre todo si se las compara con las que están cubiertas de selvas. Este es un hecho tan común, que su sola mención bastará para señalar la importancia de los árboles en este aspecto. La cantidad de agua que un árbol es capaz de absorber o transpirar depende de las condiciones ambientales, pero, en todo caso, es importante la cantidad de vapor de agua que un bosque exhala. La transpiración que producen las selvas es de gran intensidad si son extensas, y debido a la absorción de calor que este fenómeno origina, la capa de aire situada inmediatamente encima de la copa de los árboles es más fría. Si en estas circunstancias una corriente cargada de humedad pasa por esta comarca, es posible que se produzca una condensación rápida de cierta extensión. Si esa misma corriente pasa por un campo desprovisto de árboles, el vapor se calienta, al calentarse se eleva, y, naturalmente, no se produce precipitación. Para que un bosque sea capaz de producir lluvias, es obvio que debe ocupar una gran extensión; de lo contrario, la aludida acción de los bosques como causantes de precipitaciones es ilusoria.

En las regiones en que se ha procurado que la masa de selvas guarde una relación con las superficies abiertas destinadas a cultivos agrícolas, el clima es más regular y las precipitaciones guardan un mayor equilibrio que en otras que han sido totalmente desmontadas. Las selvas atenúan, pues, en gran manera los trastornos climáticos.

No es una exageración pretender influir sobre las condiciones climáticas de un país por medio de grandes obras de forestación, significando esto proteger también a la agricultura contra ciertos efectos perjudiciales de las veleidades meteorológicas, sobre todo tratándose de un clima tan irregular como el de Colombia. Nuestras selvas actúan como una especie de "amortiguadores" contra los "golpes" que la vegetación debe soportar a raíz de los cambios bruscos de tiempo y la "brutalidad" de los aguaceros, lográndose a la vez atenuar las oscilaciones térmicas extremas y suavizar la fuerza de los vientos.

Hoy Colombia está en vías de grandes colonizaciones en tierras que se caracterizan por su riqueza forestal. Estas colonizaciones son primordialmente de tipo agrícola. Ojalá se pueda lograr evitar un desbosque masivo para bien de todos.

